

numero

OCHO

Agosto de 1930

SI, SI; NO, NO

Buenos Aires

20 CTS.

PINTURA

PEDRO FIGARI • HECTOR BASALDUA

No debemos sin duda a un simple juego del azar el hecho de que estos dos pintores se hayan visto recientemente aproximados en sendas exposiciones casi simultáneas. Un espíritu desprevenido puede acaso imaginar comunes coordenadas que le induzcan a incluirlos dentro de una misma zona estética. Pero es preciso, fijar con exactitud en qué condiciones reside este preconcebido acercamiento, más aparente, en verdad, que esencial y profundo. En el uno como en el otro, parecido repertorio temático preside sus realizaciones. En ambos el recuerdo interviene de un modo capital en la transformación plástica del mencionado acervo inspirador. Pero mientras que en Figari la anécdota inicial se conserva casi intacta, alterándose tan sólo en la medida necesaria al despliegue total de un lujoso cromatismo, sufre en Basaldúa una mutación profunda, se convierte en pura materia de arte, se desliga por decirlo así de la subjetividad excluyente del artista para convertirse en forma plástica de alcance universal.

Esta última circunstancia proporciona al arte de Basaldúa una dimensión espiritual de que carece la pintura del maestro uruguayo. Y es que Figari es ante todo un sentimental: así su pintura no puede sobrepasar los límites que le impone de hecho esta restricción de su temperamento. Basaldúa, en cambio, es un poeta. Figari llega a nosotros por el solo prestigio de la ininterrumpida anécdota que informa toda su obra. Basaldúa, poeta, recrea la anécdota y nos introduce con fuerza en el mundo personal y misterioso de sus representaciones. Para Figari el color no parece tener otro objeto que el simple recreo de los ojos. (En este sentido nos recuerda a Anglada. Pero su pasión y su "humour" lo salvan del decorativismo estrecho que caracteriza al pintor catalán). Para Basaldúa el color no constituye un simple halago de la mirada distraída: es un instrumento del que se vale con sobriedad para construir sus imágenes. El color en Figari está regulado por el ojo, y es sólo al ojo a quien va dirigido. En Basaldúa el color se encuentra dosado rigurosamente por el espíritu. De ahí la riqueza superficial, imprecisa y deslumbrante del uno. De ahí también la fineza mesurada y exacta del otro.

Figari parte del documento y llega al documento, visualmente prestigiado por aquel deslumbramiento cromático. Sus cuadros tienden francamente hacia la pintura narrativa. No a otra cosa se debe la presencia habitual en ellos de elementos que no cumplen ninguna función plástica atendible. A Basaldúa el documento

no le interesa, sino mientras le sirve de estímulo emocional. Esto se manifiesta con claridad en la simplicidad escueta de sus composiciones: nada más que lo necesario para transmitir al espectador la sensación buscada. Basaldúa sintetiza la realidad y la transporta globalmente a la tela. Dos elementos dominantes de un paisaje — una pared, un camino — le bastan para definir su composición. Figari desmenuza la realidad; necesita del detalle, del pequeño suceso. De ahí el aspecto fragmentario, abigarrado y mariposeante de sus cuadros.

Este conjunto de opuestas cualidades basta para definir las sustanciales divergencias estéticas de ambos artistas. Mientras el uno parte de las cosas para superarlas, mediante un acto espontáneo de creación poética, el otro se queda en ellas, fuertemente arraigado a ellas por mil vínculos que crea el apego demasiado exigente hacia el aspecto externo y sentimental de la realidad.

Alberto Prebisch

SUMARIO

NÚMERO: El Obispo. — ALBERTO PREBISCH: Pintura. Pedro Figari y Héctor Basaldúa. — EMILIANO MAC DONAGH: Hudson y la naturaleza intangible. — NIMIO DE ANQUÍN: Nota acerca del silogismo. — IGNACIO B. ANZOÁTEGUI: Guido Spano. — RAFAEL JIJENA SÁNCHEZ: Cantar del ciego enamorado. — MARIO PINTO: Falsos problemas. — DIMAS ANTUÑA: Silencio. — JACOBO FIJMAN: Canción de la visión real de la gracia. — VOCABULARIO DE LEÓN BLOY. — NORAH BORGES DE TORRE: Virgo (dibujo). — Dibujos y grabados de Héctor Basaldúa, Juan Antonio, J. A. Ballester Peña y Víctor Delhez.



HUDSON Y LA NATURALEZA INTANGIBLE

Son tres los testimonios sobre Hudson: el de su obra, el de Morley Roberts, el de Edward Garnett.

Roberts pretende librarnos la intimidad de su amigo; Garnett quiere convencer a sus lectores de que su amigo es un genio. Roberts se esfuerza por sacar de su memoria los testimonios que pueda ofrecer para mostrar aquella grandeza en privado (y en efímero). Garnett empeña toda su ciencia de crítico para que las obras de Hudson rindan al lector el testimonio de cuán grande fué quien las hizo. La obra de Hudson la tenemos a mano y se nos la puede exaltar, a fuerza de análisis, de consideraciones, de sugerencias. Pero la vida cotidiana necesita sernos evocada a través de muchas anécdotas, de muchas frases sabias, para que se la tenga por grande. Mientras la bella obra de letras puede no tener una sola bella frase, la vida tiene la necesaria vulgaridad del gesto, del rasgo, hasta del chiste. La vida del más distinguido vividor, como ser Oscar Wilde (de quien se dijo que puso su genio en la vida y sólo su talento en sus obras), es menos fina que más de una de sus páginas de arte porque en ésta no hay un ademán. La intimidad de Hudson en su vejez, en la evocación de Roberts, no reluce como de genio. Pero las materias en que se le hace opinar y el relator, no son como para fiarnos. Garnett sobresale porque prueba: el otro relata.

La obra misma de Hudson nos enseña: pero más sobre su cabeza que sobre su historia. Sabemos que no todo cuanto dijo fué para que le conociésemos. Que le creyésemos, sí, pero para escapárenos mejor. El encomio de Garnett es así más probante porque es exterior; se basa en lo cierto, es decir, lo hecho.

Hudson conoció a Garnett cuando fué a enterarse del destino de un manuscrito suyo, ofrecido a la casa editora Heinemann de la cual Garnett era lector de originales. La obra de Hudson era nada menos que "El Ombú" y fué rechazada, no por Garnett. Este opinaba que era una obra maestra, y se lo dijo a Hudson. El autor rechazado y elogiado, le miró como podía hacerlo desde su estatura. Y como podía hacerlo quien de nuevo fracasaba, sin un éxito de antes. Pero Garnett dejaba desde ese momento la editorial, y salieron con Hudson para almorzar juntos. De allí en adelante Hudson supo qué pensaba sobre cuanto escribía él, un crítico profesional, y no uno de los vulgares.

Fuó importante para su obra futura que el juicio de Garnett fuese conocido por Hudson. Era un juicio inteligente,

que desentrañaba principios en donde parecía no haberlos, y es de pesar lo que significaba para un autor de escaso éxito, ser manifestado en sus intenciones por un crítico así.

La influencia muy especial de este juicio en los primeros años, se explica, porque Garnett, como en una iluminación, aceptaba las doctrinas de Hudson sobre la naturaleza. Garnett sostenía que desde entonces era preciso sentir que esa naturaleza era verdadera, y, más, que todo arte deseoso de reflejarla debía inspirarse en tales doctrinas y moverse por tales sentimientos. Las otras naturalezas eran falsas: porque no estaban bien sentidas. Pero cada artista debía buscar por sí mismo la naturaleza, sólo que la clave ya estaba dada.

El crítico hacía triunfar al artista: y antes se le convertía en discípulo.

El juicio publicado por Garnett en 1903 elegía por tema precisamente lo que fué distintivo de Hudson: la pretensión de hallar un espíritu en las acciones aparentemente ciegas de la naturaleza. Era para él el tema de esos años y es seguro que el elogio del crítico le sentó más como confirmación de sus ideas que como apreciación de sus méritos literarios. Era el éxito de su genio, aunque no fuese el de sus libros.

Garnett escogió un ejemplo de entre los libros de Hudson. Quien no conociese nada de nuestro autor, acaso pensase en un gustador de la crueldad, en un individuo que tuviese la frialdad de pintar el sufrimiento para sugerir que es inevitable y que su único remedio inteligente es intensificar el sufrimiento, para que se resuelva en algo. Pero quien ha leído a Hudson lo bastante como para conocerle, comprende que la elección fué maestra. Se está en el punto justo de que el gran naturalista repela a su lector nuevo, cuando se comprende que esa es la única actitud posible para un hombre cuyo secreto revela Garnett así: "La fascinación secreta del modo de ver de Hudson, la fuerza real de su visión espiritual, surge de su *negativa a separar la vida del hombre de la vida de la naturaleza*".

"Cuando el polluelo del cuclillo (decía Hudson en aquella página) arroja fuera los polluelos de los nidos que están en árboles, cercos, matorrales, y cañaverales, las víctimas, por lo general, caen desde cierta altura al suelo, o en el agua, y no son vistos ya más por los padres. Aquí el pequeño petirrojo, al ser expulsado, cayó a una distancia de apenas cinco o seis pulgadas, y quedó en una hoja ancha, de un verde brillante, sobre la que era un objeto sobremanera conspicuo; y cuando la madre del petirrojo estaba en su nido — y entonces estaba en él la mayor parte del tiempo — calentando aquella su criatura espuria, cueri-negra, con algo de sapo, sus ojos brillantes, inteligentes, estaban mirando plenamente al otro, que estaba justamente debajo suyo, que ella había originado en su cuerpo, y



había incubado con su calor, y era de su propio ser. La espí durante horas: la espí cuando calentaba al cuclillo, cuando dejaba el nido, y cuando volvía con comida, y de nuevo lo calentaba; y ni una sola vez prestó la menor atención al expulsado que estaba echado tan cerca de ella. Ahí, en su verde hoja, se quedó, enfriándose de a poco, hora por hora, inmóvil, excepto cuando levantaba su cabeza como para recibir comida, y luego la dejaba caer otra vez, y cuando, por intervalos, torcía el cuerpo, como queriendo moverse. Durante el atardecer aun esos ligeros movimientos cesaron, aunque esa debilísima llama de vida no estaba extinguida; pero a la mañana estaba muerto y frío y rígido; y justamente sobre él, sus brillantes ojos puestos en él, la petirrojo madre estaba asentada en el nido como antes, calentando su cuclillo".



HUDSON. por Víctor Delhes

Así es Hudson. Claro que no siempre pinta eso. Pero eso lo pinta así. Si eso lo ve y nos lo hace ver, terminado su oficio ¿se va a compadecer? ¿Nos va a buscar un resquicio para emocionarnos?

Lo primero en Hudson es encontrar la causa de esa actitud incomprensible del pájaro.

"Me parece que el caso hubiera sido diferente si el expulsado hubiese emitido un sonido, dado que no hay nada que excite más a los pájaros padres, o a que más instantáneamente respondan que al grito de hambre o angustia de la cría. Pero en esta temprana edad el polluelo no tiene voz, otra ventaja para el parásito".

Ahora, los hombres.

Estaban unas gentes jóvenes, sensibles, considerando con él la primera parte del drama menudo: naturalmente, quisieron salvar al polluelo del petirrojo, llevándolo para criarlo. Querían salvarlo. El les aconsejó que no, que lo dejaran a su suerte. Era dejarlo morir: pues bien, que así fuese. "Preservarlo de la miseria que le infligirían al pretender llenar el sitio de sus padres".

Por último, la doctrina. Si aquella actitud es la justa, se justifica como una

conformidad al modo de ser de la naturaleza.

"Cuando retornase el verano, ellos (les decía) no encontrarían más pájaros que los de ahora. Y así sería en todas partes; todo ese incalculable aumento habría perecido. Muchos millones serían devorados por aves y bestias rapaces; millones más morirían de hambre y frío; millones de migrantes caerían en el camino, algunos en el mar, algunos en la tierra; aquellos que retornasen de regiones distantes serían un resto. No solamente esta cantidad inconcebible de vidas de aves tiene que ser destruída cada año, sino que no podemos suponer que la muerte sea un trance sin dolor".

Sus oyentes se convencen de que deben dejarlo al polluelo "a su suerte en ese misterioso mundo verde en que, también, nosotros vivimos y que no entendemos, en el cual vida y muerte, y placer y dolor, son luz y sombra entretreídas".

"Que no entendemos". No es ese todo el pensamiento de Hudson. El cree entender la naturaleza, sintiéndola. Precisamente el encomio de Garnett se basa en ello. Y tanto, que lo dice así: "No podemos comprender realmente la vida de la naturaleza sin ser afectados emocionalmente por ella, es decir, nuestra comprensión es en gran parte la emoción que excita en nosotros".

Filosóficamente estas ideas no son una novedad. Hoy ya no pueden ser ni una moda. Pero para entender a Hudson nos resultan esenciales, porque en él son operantes. Podría decirse que para Hudson no fueron una filosofía sino un medio de exploración. Nadie había descubierto en la naturaleza inglesa los misterios y bellezas que él reveló: y fué con esos recursos que lo hizo. A la naturaleza argentina se acercó y en ella vivió cuando muchacho. Algo tiene ya su pintura de lo que fué en sus días de gloria literaria, pero aquí le valieron más sus dotes que sus métodos.

Esta filosofía de la vida de la naturaleza responde a una actitud de conformidad, casi de impotencia. No puede salvarse de chocar con las otras dos actitudes, la que se mantiene respecto del acaso causal del mundo físico, y la actitud respecto del mundo propio, el humano. La ley del mundo humano es la de la intervención, la participación activa para el bien. Si en vez de ese polluelo, hubiese sido un niño abandonado, ni Hudson le dejara morir. La ley humana para el mundo físico también es de intervención, no por solidaridad sino por señorío. Al ver que un cuadro mal colgado se caía sobre un jarrón de la repisa, Hudson y Garnett, y cualesquiera, saltarían a evitarlo. Pero si proclamamos que la Naturaleza viva es intangible, guardamos para con la naturaleza la única actitud no natural.

Emiliano Mac Donagh



NOTA ACERCA DEL SILOGISMO

En el razonamiento la inteligencia procede con economía. Todos los artificios creados por la mente están informados de una especie de urgencia por aprehender ciertos momentos del conocer e incorporarlos al discurso. La lógica adquiere, así, un carácter provisorio y si, en definitiva, subsiste como un todo acabado, no es porque agote las posibilidades de expresión, sino porque las aptitudes humanas no han hallado aún otro órgano más preciso. Pero en cualquier caso, se tratará sólo de una convención, de un artificio, de un forzamiento.

Se "conviene", por lo general, en aceptar un punto de partida: cualquier aserción presupone un acuerdo tácito o explícito. La mente, en cuanto razona, necesita crear asideros, enunciar principios; está informada de una real tendencia de salvación, porque detrás de cualquier proposición, quedan infinitas posibilidades de disolución analítica. Por ello, la función peculiar de la mente es la síntesis.

A estas limitaciones del orden ideal deben sumarse las impuestas por la traducción material de los conceptos: su enunciado supone, por lo menos, dos disminuciones.

La comprensión es una fatalidad del razonamiento; la extensión pura, una posibilidad irrealizable. Y sin embargo, en toda aserción yace latente un deseo de extensión mayor que el encerrado en ella. No existe un solo enunciado en el discurso que agote su "forma", que sea un enunciado perfecto y concluido. Toda síntesis mental es, necesariamente, deficiente. De tal imperfección está informado cualquier razonamiento, hasta el más correcto. La demostración perfecta es para los simples.

La forma clásica de la demostración es el silogismo demostrativo o científico, según el lenguaje aristotélico. Todos los hombres son mortales — Sócrates es hombre — Luego Sócrates es mortal. O: toda A es B — C es A — Luego C es B. La acusación de infecundidad contra esta forma del razonamiento no es de los modernos; se halla en Sexto Empírico. Pero no se refiere precisamente al problema nuestro. Porque la mayor, para nosotros, no tiene igual significado que para los lógicos tradicionales. La mayor no agota su enunciado, presupone un contenido no enunciable.

Según los manuales, el razonamiento se desarrolla de la mayor a la conclusión, pero en realidad, el mecanismo del discurso no es determinable sino por convenciones: el orden dialéctico, la disposición lógica de las proposiciones, la distinción de sujeto y predicado, etc., son artificios que siguen a un hallazgo mental. El silogismo y las demás formas del razonamiento tienen, más que todo, un alcance justificativo. En el principio de un razonamiento, cuando las proposiciones no han sido deducidas, ni ordenadas, cuando el proceso mental está en nebulosa, en hacerse, ¿qué dependencia tienen recíprocamente las proposiciones contenidas ya en potencia en esa verdadera intuición? Dispuestas más tarde de acuerdo a las reglas clásicas, ¿es posible considerar a cada una como un todo en sí, en una jerarquía que excluye toda cooperación de la menor a la

mayor? Hay algo más entre ellas que una relación jerárquica de dependencia; hay anticipaciones que no se enuncian y que quizás no se advierten, pero que existen realmente.

Sólo una ficción nos hace creer que el silogismo va de lo distinto a lo ignorado. Cuando silogizamos y en cuanto partimos de la mayor, sólo explicamos, deducimos de un compuesto sus partes y las disponemos, luego, en forma escolar. Existe un preconocimiento que no es claro, que es confuso, indeterminado. Si nos proponemos demostrar que Sócrates es mortal, puede afirmarse que suponemos un cierto preconocimiento del sujeto que opera, como una finalidad oculta de la prueba, conocimiento indistinto pero real, causalidad lógica del razonamiento que está presente en todo su desarrollo. Presuponemos aun más: la *propiedad*, no necesariamente como existente, pero sí en cuanto es nominalmente definible. El principio: todos los hombres son mortales, exige que se sepa de antemano, no que la propiedad (mortales) exista en realidad, pero sí lo que significa. En tercer lugar, presuponemos que el principio es verdadero. Casi todo esto es conocimiento confuso: sólo el principio es claro. "Por virtud del principio evidente se produce en la conclusión



EL OBISPO

San Agustín nos dejó su biografía: libro humano, dirigido a Dios, que comienza en historia y termina en la "lectura" del Génesis.

Lo escribió siendo Obispo y lo escribió como Obispo, — es un acto episcopal. Acto episcopal y por ello humano. La plenitud del sacerdocio, no es acaso la plenitud humana para esta plebe sacerdotal que somos? Acto episcopal y por ello humano. El Obispo está sacado de entre los hombres, puesto para los hombres en las cosas que miran a Dios, rodeado de la miseria de los hombres para que pueda condolerse de los que ignoran y yerran.

Por eso el Obispo nos ha mostrado su vida de ignorancia, los caminos torcidos, y esa conducción misericordiosa hacia la Iglesia Madre, más madre que Mónica. Paz de la casa donde se abre el tesoro de la doctrina y se parte el pan. Progreso en la Sabiduría hasta que por la boca del hombre sale la palabra de Dios: praedicare Verbum et Sacramentum dispensare.

El Obispo recibe el anillo del desposorio y comienza a leer las Escrituras a sus hijos: incipit liber Genesis.

un doble efecto de determinación: el sujeto se clarifica, por decirlo así, con una propiedad nueva; y la propiedad se acrecienta con el derecho a existir en tal sujeto". (Véase J. Wébert, la *connaissance confuse, passim*, en *Revue des Sciences Philos. et Théolog.* XVII, pág. 365 y sig.)

La marcha descendente del razonamiento va despejando la confusión y "determinando" el sujeto y la existencia de la propiedad. El camino inverso nos lleva hasta el principio, y entonces es necesario comprobar su validez. El principio aparece constituido por indefinidos juicios, y si apuramos el análisis acaso se disuelva en elementos incomprensibles, en extensión pura.

Esta amenaza que circunda al principio es la fuente de la riqueza del silogismo, en donde se originan sus posibilidades de descubrimientos nuevos. Pero el descenso a la comprensión implica la pérdida de la mayoría de las posibilidades: el paso de la confusión a la distinción, a la demostración encerrada en las proposiciones. Un rastro de esta riqueza perdida se halla en el preconocimiento obscuro que hemos advertido en la mayor; es una imagen refleja de lo que ocurre en un orden superior del conocer, libre de las precisiones lógicas. La adecuación de una idea a nuestra capacidad cognoscitiva, la desvirtúa, la reduce a lo que nuestra razón puede, a lo que cabe en nuestras facultades. Pero siempre será una ilusión la creencia de que el silogismo sea un todo mecánicamente clausurado, y que la prueba que suministra sea exhaustiva.

He aquí una concepción que armoniza las ambiciones de la inteligencia con los medios del razonamiento; la libertad ideal con las determinaciones lógicas. El pensar es, esencialmente, activo, y para que conserve su fecundidad será menester facilitarle las operaciones que le son intrínsecas, ofreciéndole elementos de traducción que no afecten su libertad originaria con una dialéctica inmutable.

Nos movemos entre dos extremos: por un lado el deseo de un conocimiento puramente extensivo o, si se quiere, sin extensión (que prescindiera de toda cantidad); y por otro, el apetito de saber las cosas sumetiéndolas a las determinaciones más rigurosas, a una comprensión perfecta. Ambas exigencias son humanas y se originan en necesidades reales: ¿porqué hemos de preferir el saber concreto y retaceado, semimuerto, a las virtualidades del pensar en constante venación de un ser que no cabe en la casilla de la comprensión de ninguna figura dialéctica? ¿Porqué hemos de rechazar, de otra parte, las *especificaciones* de la inteligencia en sus momentos de tregua, cuando recapitula sus conquistas y las traduce en lenguaje conceptual?

La vitalidad de ambas formas de conocer es proporcionada por la calidad de las ambiciones de la inteligencia. El exceso de comprensión, acentúa la especificación hasta inmovilizar el pensamiento en la noción. Pero el espíritu verdaderamente filosófico no se detiene allí, sino que deposita sus ambiciones más elevadas en el ejercicio de la inteligencia. La especificación conceptual, es una etapa del ejercicio judicativo de la mente. Las dos funciones se complementan.



CARLOS GUIDO Y SPANO

Los amigos de la casa lo conocieron por Carlos Guido, pero él se firmaba Spano con una firma de prócer:

(A veces me dan ganas de podarle las ramitas secas de la firma).

Nació en Buenos Aires el 19 de enero de 1827, y hasta de viejo le gustaba florear con aquel recuerdo:

"He nacido en Buenos Aires.
¡Qué me importan los desaires
con que me trate la suerte!
Argentino hasta la muerte
he nacido en Buenos Aires".

Pero la pasión porteña no había de quedarse sola. Al orgullo de vecindad — que en él era como un orgullo de barrio — se unía el orgullo de la sangre:

"Fué en las riberas que fecunda el Plata,
peregrina región que cual ninguna
el estro a las estrellas arrebató,
donde en honrado hogar se alzó mi cuna".

Era hijo del general Tomás Guido y de Pilar Spano. Al primero le dedicó un soneto y una cantidad de artículos con aires de polémica. A la madre le dedicó una cantidad de versos. Por su origen Carlos Guido pertenecía a la aristocracia porteña. En aquel tiempo todavía no se usaban los escudos pero se usaban los antepasados ilustres. La aristocracia de Buenos Aires se componía entonces de familias viejas que contaban por lo menos con un general

en las guerras de la Independencia, y además de extranjeros con plata. Guido contaba con dos generales: su padre, que había sido secretario de San Martín, y su abuelo materno, Carlos Spano, que había peleado en Talca hasta que lo mataron los realistas. En aquel tiempo todo el mundo estaba obligado a festejar continuamente las glorias de su familia y la mejor manera de festejarlas era hacerles propaganda. Carlos Guido tenía la facilidad de sentirse poeta y se aprovechó de eso, tal vez por haraganería. En los versos que escribió para su madre, le dice entre otras cosas:

"¡Digna altivez! Jamás el desconsuelo
te abatió, ni la faz del opresor;
la noble sangre de mi heroico abuelo
acrisola en tus venas su fervor".

Y más adelante, en la epístola al chileno Valderrama ("poeta y académico"), escribió estos otros, que tienen la virtud de ser muy útiles como información de sus antepasados pero muy inútiles como versos:

"¡Qué quieres! sangre ardiente de mi abuelo
corre en mis venas, del heroico Spano
que murió defendiendo vuestro suelo.

A más, no engendra el águila al milano,
hijo soy, aunque humilde, a nadie daña
decirlo, de aquel noble americano,

(quizá le oíste nombrar) que en la montaña
señaló un rumbo al adalid famoso
por quien al bello Chile aun llora España".

Nosotros hemos reemplazado la impo-
nencia aristocrática por otra institución
mucho más cómoda y sencilla: el cajetillismo. Nuestros gigantes padres la conocieron también pero no la consideraron lo bastante digna para reemplazar totalmente a ese empaque de señorones ofendidos que les dejaron los godos. Ellos tuvieron que defenderse de la chusma (el compadrito, el bolichero, la chirusa) y para eso se inventaron una posición heroica. Quisieron aislarse, y pusieron caras feroces. A la descuidada pobreza de la Colonia siguió el lujo de las espadas o si no la seriedad de las Convenciones Constituyentes. En la generación de Carlos Guido se creía que la aristocracia era una matrona que decía malas palabras. Todo estaba en hablar fuerte, porque al derecho había que mostrarlo. Es cierto que entre los jóvenes el cajetillismo empezaba a hacer época, y que en las casas se recibía entre sonrisas de ópera a los cantantes italianos y a las primeras damas de las compañías francesas. Es cierto que ya en aquellos tiempos los jóvenes tenían asuntos con las bailarinas y que la vida elegante de las familias porteñas iba venciendo a la vida encerrada. (Todavía hay personas que se acuerdan de la Rotisserie Française de Charpentier, en la esquina de Cuyo y Florida, donde los hombres hacían caracolear bigotes y sonrisas con las jovencitas que pasaban). Pero por encima de todo aquello estaba la autoridad del poeta cuando hablaba en poeta. Su voz era la de un viejo tremendo con paradas de sacerdote antiguo; porque entonces se creía que en la autoridad de los viejos se fundaba la autoridad de la patria. Carlos Guido representaba así a la sociedad de su tiempo: en su vida, la vida elegante y desapercibida; en sus versos heroicos, el orgullo viejo que se daba aires de responsable. La matrona

de las malas palabras le enseñaba su orgullo. De esta manera unía la generación de los hijos a la generación de los padres.

Lo peor que puede sucederle a un poeta es que lo admiren en su casa. Lo mejor es que lo ignoren. La admiración familiar, por cuidadosa que sea, supone siempre compromisos familiares; y en poesía todo lo que es compromiso es claudicación. Al comprometerse con su casa Carlos Guido se comprometía irremediablemente con su época. Su hogar era el hogar porteño que andaba mal de dinero y andaba bien de antepasados: es decir, una especie de santuario de lo que era más puro en el Buenos Aires de aquel tiempo. Allí estaba el recuerdo de las antiguas grandezas y allí también el codearse con las otras familias copetudas de dinero y de fama. Allí aprendió él a pensar como pensaban las familias. De ahí que su éxito como poeta sea todavía hoy un éxito de señoras.

A medida que pasaban los años el nombre de Carlos Guido había ido agrandándose. El aficionado de los primeros versos — tan inocente y tan puro como un aficionado a la fotografía — se encontraría de pronto con que la sociedad de su tiempo le había asignado una profesión altamente decorativa: la profesión de poeta. Al principio debió de asustarse un poco, pero después se consolaría pensando que aquella era una de las formas más lindas de la haraganería. Porque Carlos Guido era un haragán magnífico. Yo creo que la parálisis de los últimos años fué nada más que un pretexto para quedarse en la cama: un pretexto que aprovecharon las maestras para no dar mal ejemplo a los chicos de las escuelas (1).

La sociedad ha premiado a Carlos Guido para darse corte. Lo glorificaron sólo para sentir el gusto de elegir un poeta y enseñarlo a la admiración de la gente. La vejez y la barba blanca del elegido les facilitaban el trabajo de la caracterización. De paso se premiaba la vejez y la limpieza. Con él sucedió lo que suele ocurrir con los premios a la virtud. Se toman dos o tres señoras con muchos hijos y se las hace bañar previamente para presentarlas luego como ejemplos en un acto público de grandes proporciones. Con eso la gente cree desagraviar a la virtud por todas las veces que ha pasado a su lado sin conocerla. Con la glorificación de Carlos Guido la sociedad quería desagraviar al arte. Además se lo eligió a él porque representaba la suma de las virtudes domésticas. Después de todo esto el pobre anciano tuvo que escribir versos para las Sociedades de Beneficencia, como aquellos de la Poesía y la Caridad:

La Poesía

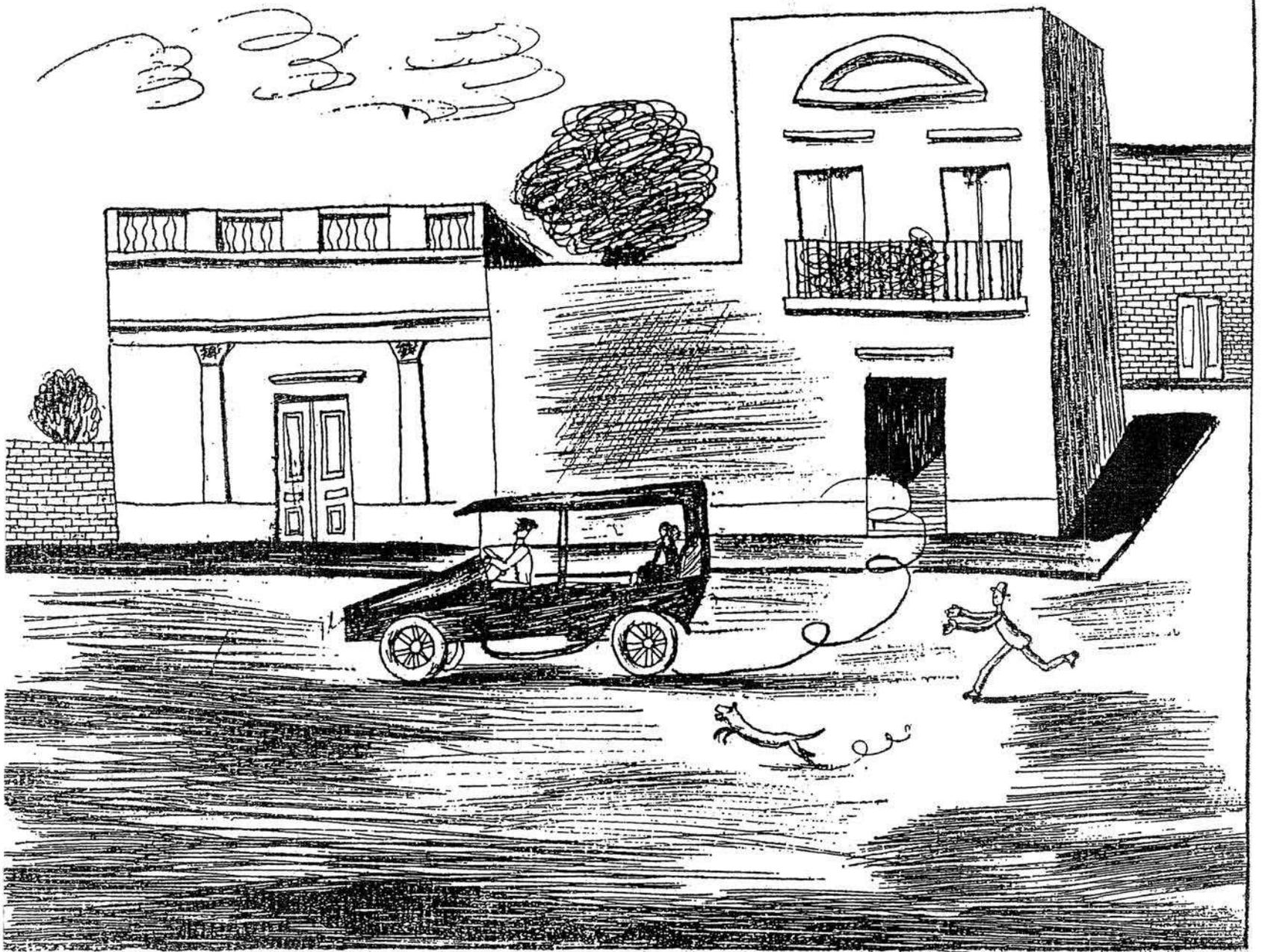
—¿Quién al alcázar de mis sueños llama,
y así interrumpe mi celeste canto?

La Caridad

—Te suplico, perdóname; reclama
la humanidad me escuches ¡sufré tanto!

La Poesía

—Tu voz tiene eco angelical: te he visto
alguna vez, recuerdo, arrodillada
ante el ara sagrada
contemplando con lágrimas el Cristo.



EL PASEO, dibujo de Héctor Basaldúa

La Caridad

—¿No me conoces?

La Poesía

—En tu frente el sello
llevas de un alto origen. ¿Di, quién eres?
Si callarlo prefieres
¡oh dulce peregrina! no por ello
dejaré de acogerte hospitalaria,
atendiendo a tu afán y a tu plegaria.

La Caridad

—Yo soy la Caridad. Es mi destino
por mandato divino,
amar, piadosa amar, consuelo al mundo,
madre al dolor, amparo a la desgracia.
En el suelo fecundo
dictamo y panacea
a mi paso germinan, y la acacia
florece, y el quemado incienso humea.
De la vida en el golfo soy remanso:
me esperan el doliente, el moribundo;
a ellos voy sin descanso:
ni puedo abandonar los pobres niños
que en su orfandad aguardan mis cariños.

La Poesía

—¿Qué, pues, quieres de mí?

La Caridad

—Limosna imploro
del genio que lo grande en sí resume,
y de virtud en su esplendor blasona.

La Poesía

—Toma mi lira de oro,
y elige a tu albedrío en mi corona
que de fresca presume,
la flor más pura de inmortal perfume.

Otro romántico argentino, Joaquín V. González, ha señalado — sin otra intención que la de favorecer al poeta — el estado de la sociedad de la República en aquella época:

“Acercábase para el viejo bardo argentino el momento de la apoteosis. Sus compatriotas sentían la necesidad de tributarle homenajes, cada vez que ocurría un suceso en que el nombre de Guido y Spano se mezcla, y estos movimientos del corazón de todos recuerdan esas ráfagas precursoras que suelen conmovier y agitar las selvas, anunciándoles el torbellino. Es que sentimos todos la necesidad de una glorificación; nuestro país no ha consagrado aún su poeta nacional, y era justo a realizarlo en las sienes del anciano

cantor de *Nenia*, de *En los guindos*, de *Al pasar* y de tantos otros poemas de luz. Antes se pensó en su coronación: ahora se piensa siempre en él, y se echa de menos la palma gloriosa que ha do rodear sus sienes venerables y enredarse entre su clásica cabellera de plata reluciente. Hijo de ilustre progenie, pero ilustre a su vez por su numen clarísimo, nuestro poeta reúne las dos únicas realcezas que caben en nuestras instituciones: la del patriotismo y la del talento.

La República puede proclamar sin desdoro príncipes, cuando lo son del genio, y cuando las coronas que decreta son del laurel inmortal. Las naciones no pueden vivir mucho tiempo sin héroes y sin poetas, y cuando no los tienen los forjan en una leyenda fantástica, o materializan y dan cuerpo a las aptitudes poéticas o musicales de la raza. Tenemos nuestros héroes consagrados por la gratitud nacional, y buscamos a aquel de nuestros bardos que ha de sintetizar nuestros anhelos y nuestros caracteres ideales. Llámese un plebiscito en toda la extensión de la República, y pregúntese quién ha de subir al pedestal aun desocupado, y en todas partes se escuchará el nombre del anciano y querido poeta, cuyas tiernas canciones han deleitado por tanto tiempo nuestras almas.

Hay en su persona una doble virtud que le llama al supremo galardón: una vida consagrada entera a las musas amadas de la patria, y

una honrada y pura ancianidad semejante a las encinas por lo vigorosas y floridas...

Guido es la personificación de la poesía, para



todos los corazones de la generación que hoy sostiene el peso de la vida nacional". Etc.

En aquel tiempo todo el mundo sentía "la necesidad de una glorificación", porque quería perpetuarse de alguna manera. Hoy, que creemos menos en la gloria, nos contentamos con los premios municipales.

Carlos Guido merecía indiscutiblemente el título de poeta nacional: era el gran poeta de circunstancias; "el hombre de todos los momentos", que diría Gracián, si Gracián hubiera vivido en su época y se hubiera penetrado bien de la zoncera de entonces. Ninguno como Guido era capaz de escribir en tantos álbumes como tenían las jovencitas de aquel tiempo, ni de mandar a las amistades de su casa tantos versos como antes se mandaban postres de familia a familia. Guido era el poeta de los cumpleaños y de los bautismos, de las elegías y de los casamientos (cuando se confundía el sacramento del matrimonio con los Juegos Florales). El era quien daba la bendición poética en los grandes actos familiares: de ahí su aire de obispo y su suficiencia mitral. El abría el album de la hija de un amigo (¡oh los famosos tiempos de los almohadones pintados!) o cerraba una tumba con unos versos que parecían los últimos de su lira doliente (¡oh los días aquellos de las columnas rotas y de las viudas anegadas en llanto!).

Por su obra desfila toda una época de nuestra historia: la época de la galantería complicada y del snobismo aristocrático. La época de las salas con olor a benjuí (un secreto de familia que todo el mundo conocía) y de las visitas que bajaban del landó con sus sombreros floridos, como si sacaran canastas.

Entonces todas las familias que se respetaran un poco estaban obligadas a tener una quinta en los alrededores de la ciudad. Probablemente no salían a tomar aire más lejos por temor a los indios. Allí aprendería Guido los nombres de las flores que ponía en sus versos, y allí segura-

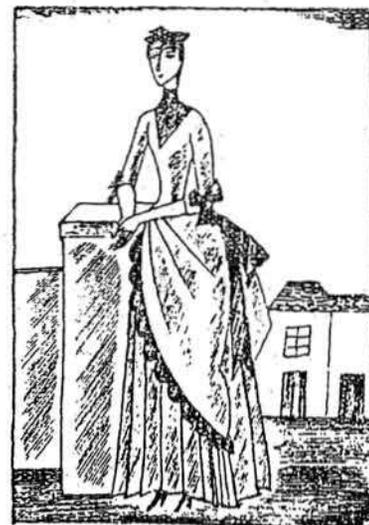
mente se imaginó su Arcadia, mientras hamacaba a las jóvenes en las hamacas románticas. Por aquellos parajes haría las grandes travesuras que se usaban entonces:

"Tenía yo dieciocho años, y ella apenas dieciseis; rubia, rosada, no es por cierto más fresca la alborada ni más viva una fúlgida centella.

Un día Adriana bella conmigo fué al verjel buscando fruta, y así como emprendimos nuestra ruta, absorto me fijé por vez primera cuan atractiva y cuan hermosa era!

Llevaba un sombrerillo de paja, festoneado, con adornos de flores de canela y de tomillo; y realzando sus mórbidos contornos, un corpiño ajustado, saya corta, abultada, de distintas labores, hacia el uno y otro lado recogida con lazos de albas cintas. Como nuestro paseo se alargaba la ofrecí el brazo. ¡Me arrobé al sentirla que en él languidamente se apoyaba! Confuso y sin saber el qué decirle,

me desasí... Trepeme a un alto guindo, desde cuyo ramaje de esmeralda el bello fruto ya en sazón la brindó,



que ella con gracia recogió en la falda.

¡Oh delicioso instante!

¡Oh secretos de amor! ¡Cuál mi ventura podré pintar, mi sangre llaméante, al ver desde la altura su seno palpitante, su voluptuosa y cándida hermosura?

¿Acaso Adriana adivinó en mis ojos el fuego interno que en mi alma ardía?

¿Esa la causa fué de sus sonrojos?

—Aquella guinda alcanza, me decía, que está en la copa; agárrate a las ramas, no vayas a caer. —¿Y tú, si me amas, que me darás? — Bermeja cual las pomos que madura el estío en las laderas, contestó apercibiendo dos palomas blancas, ebrias de amor:—Lo que tú quieras".

Las quintas de San Fernando habían acercado la Arcadia a nuestra poesía.

Pero la fantasía del poeta no se contentaba con el recuerdo simple de unas tardes más o menos sociales. Por eso se inventó su sensualismo helénico que se parecía más al neoclasicismo español que a otra cosa. Era demasiado pobre para acercarse a Anacreonte, y demasiado profesional para llegarse a Longo. Así fué cómo le escribió versos a Myrta en el baño, a Corina y a una cantidad de imaginaciones confusas. Más adelante le dió por traducir del francés a varios autores griegos.

En realidad, lo único cierto que nos queda de Guido Spano son sus versos de estilo. (Sus otras poesías son imitaciones, o mejor dicho falsificaciones, hijas si se quiere de la mentalidad artística de su época, pero demasiado literarias y demasiado generales también para que puedan ser consideradas como expresión acabada de aquellos pobres tiempos: la gente las aceptaba porque venían de los poetas, pero no las profesaban. Las mujeres no se bañaban desnudas en los arroyos — y hasta creo que para bañarse en las tinas usaban unos camisones largos, de género de carpa — ni los jóvenes tenían por qué estar espiando detrás de los árboles. Lo que sí profesaban eran los versos cursis, llenos de cintas color rosa y de puntillas almidonadas como puntillas de enaguas). Guido supo llevar esta clase de versos a

CANTAR DEL CIEGO ENAMORADO

*Señora santa Lucía
me haga ver la luz del día.*

Por piedad del Cristo Pobre
que está a la orilla del pueblo
con los brazos estirados
y los ojos en el cielo.

*Señora santa Lucía
me haga ver la luz del día.*

Salí por un caminito
pobrecito y limosneando;
por el mismo caminito
me vine hasta aquí cantando.

*Señora santa Lucía
me haga ver la luz del día.*

Y no traigo más avío,
¡ay, Señor, Señor, mi Dios!
que una carguita de penas
y un costalcito de amor.

Rafael Jijena Sánchez



su más alto grado de perfección. Por ejemplo, los que dedicó a una joven rusa, que parecen pensados al trote de los caballos mientras paseaba en compañía de un amigo:

"Un mi amigo me ha mostrado
tu semblanza;
el amigo afortunado
de quien has acariciado
la esperanza.

¡Oh qué linda! Coronada
de esplendores
de la juventud rosada,
semejás la reina amada
de las flores".

.....

Pero donde el poeta llega al colmo de la *sinceridad* romántica es en su poesía titulada *Luisa*, que copio aquí precedida de su correspondiente ilustración para que los ojos gocen:



"Luisa, la vida se va, muy lejos
nos encontramos de nuestro edén;
mas tú aun conservas suaves reflejos
de la hermosura que yo adoré.

Yo... ¿No te asombra qué cambio? Mira,
blanco el cabello, mustia la faz;
flamea apenas la antigua pira
que ardió en las aras de tu beldad.

¿Te acuerdas? ¡Blanda, tierna memoria!
Mucho te quise, mucho; veraz
en ti cifraba mi fe, mi gloria,
de frescas flores orné tu altar".

.....

Cuando Guido se decidió a juntar sus versos lo primero que hizo fué mandárselos a Víctor Hugo; éste le contestó con la siguiente carta:

"He recibido vuestro libro magnífico. He leído con emoción los bellos y nobles versos a que habéis unido mi nombre. Sois un generoso espíritu. Queréis la verdad por la luz, la libertad por la justicia, la paz por la fraternidad. El filósofo iguala en vos al poeta. Os felicito. Yo digo como vos: ¡Adelante! Os estrecho la mano".

Murió en Buenos Aires el 25 de julio de 1918.

Yo le tengo una gran simpatía, y para defenderme de cualquier contradicción pienso en esta frase de Plutarco:

"No es nuestro ánimo, al referir estas cosas, acusar a Arato... sino tomar de aquí ocasión para compadecer la miseria de la naturaleza humana".

Ignacio B. Anzoátegui

(1) Recuerdo que entonces se le atribuía esta frase: "¡Dichosos los ríos, que pueden seguir su curso sin abandonar el lecho!".

Ilustraciones de Héctor Besaldúa.

CANCION DE LA VISION REAL DE LA GRACIA

Niño, tú tienes el oído junto al amanecer
de la tierra y el cielo.
Amén el bosque, Amén el mar, y Amén a las estrellas.

El signo de tus manos ata el secreto del mundo.
Amén el bosque, y Amén el mar, y Amén a las estrellas.
La tierra canta y el cielo, y la vida y la muerte.

Niño, tú tienes en el signo que trazan tus manos
el día y la noche, y la tierra y el cielo, y la vida y la muerte.

Amén, Amén, Amén,
niño del alba de la tierra y el cielo.

Jacobó Fijman

BEATUS VIR

Dichoso el hombre que halló a san José:
Dios lo sustrajo del ruido,
Sus días no fueron vanidad
Ni sus años apresuramiento.
Otros siguieron su locura,
Se agitaron para ser de su tiempo,
Pero él fué tenido en poco.
Los de su generación lo olvidaron.

Entró en sí mismo, y halló el Reino;
Vió su nada, y ordenó su vida en silencio.
Tuvo mujer fecunda
Pero Raquel fué la esposa más amada,
Y entendió en muchas cosas,
Pero María no perdió su reposo.
Se negó, se olvidó. No supo.
Yendo por la vereda subió el Monte Carmelo.

SILENCIO

¡Vano, nuestro silencio!
El hombre calla,
la oreja le da el sonido
de lo que tiene adentro.

Podemos cerrar la boca
por donde se derrama el sentido,
pero no podemos aplacar
este clamor que sube...

¡No nuestro silencio, Señor,
el silencio de san José —
unido a la Sabiduría,
padre nutricio del Verbo.

Oh delicia, nuestra tierra se empapa
de ese puro rocío:
empezamos a callar de adentro,
con el apetito.

Lo que nos es imposible
por san José es posible:
empezamos a callar de adentro,
con el apetito.

Empezamos a callar de adentro,
con el apetito:
se cumple la palabra
"monstra placavit".

¡Oh paz de la inteligencia
que la oración sosiega!
¡Oh entradas como por sueño
en el banquete del Reino!

Sonus epulantis, éxtasis
de Benjamín adolescente;
hinchimiento de fuerza... y lloramos,
ahora, al nacer Isaac, la Risa.

Dimas Antuña

FALSOS PROBLEMAS

Siempre fué nuestro país hostil para el espíritu. Ha recogido todos los falsos problemas que desde el Renacimiento distrajeran la atención de los hombres en el mundo occidental. Los ha despojado, al adoptarlos, de lo que constituía en Europa su sentido. Los ha exhibido de este modo en su horrible desnudez. El romanticismo, el liberalismo, el socialismo, el naturalismo o la democracia muestran sus feas aristas, el rostro descompuesto del error. Y señalan la complacencia de la carne en el error. Pues vida carnal ha sido solamente la nuestra y porque carnal, romántica, sentimental, burguesa y siempre favorable a la triste rebelión de los instintos.

Todos nuestros errores tienen su origen en la concepción renacentista que despo-

jaba al hombre de su sentido divino. Su dignidad se refugió desde entonces en la razón; pero manejó ese instrumento con tanta soberbia que comprobar su insuficiencia fué para él un terrible desengaño. Era llegado el momento de que las potencias inferiores del hombre se liberaran de su vieja opresión. Y se produjo el tumultuoso estallido de la "vida" que se disparó sin freno en las más opuestas direcciones y en todas llevó la confusión. Solamente le escaparon algunos hombres de espíritu que por serlo, comunicaban con los valores eternos y no obedecían al llamado del mundo.

Esa defensa del espíritu no la tuvo un país como el nuestro cuyo desarrollo físico le mantenía sujeto a la materia. Recogió débilmente la herencia racionalista y jubilosamente todo lo que fuera exaltación de los sentidos. La razón se puso al servicio de la materia. Se difundió la superstición de la ciencia y el desdén de la metafísica. Se vivió con descuido del sentido de las cosas y sin sospechar siquiera el mundo de las esencias. Por eso no he-

mos tenido verdaderamente filosofía, ciencia o poesía.

Así ha marchado también nuestra literatura que fué expresión de un hombre despojado de sus más nobles atributos. No pudo pues sino adoptar todas las tendencias literarias que nacieron, en el siglo pasado, de la exasperación de la carne. Y llegó hace poco el vanguardismo y otro falso problema se planteó. ¿Pasatismo o vanguardismo? Eran sin embargo dos aspectos distintos del mismo error. Gustaron del vanguardismo aquellas tendencias europeas que correspondían francamente a los sentidos: imágenes, velocidad, maquinismo, subconsciencia. La misma atención hacia lo exterior; la misma ceguera para con los altos valores del espíritu existía en ambos. Bienvenido sea el uso de los sentidos; pero que no se olvide, como ha ocurrido, la Inteligencia.

Nuestros escritores han vivido por eso cómodamente instalados en el "mundo". Ese descuido de la Inteligencia les ha permitido hallar halagos en lo puramente aparential y ha detenido su atención en lo más periférico del mundo y de las cosas. Si alguna vez se ocuparon de las almas fué con la curiosidad malsana del psicologismo. Pero nunca se han planteado un hondo conflicto interior; las dudas, las tribulaciones y angustias del hombre que busca o el júbilo del hombre que ha encontrado. Esas cosas no existen en el "mundo", escapan a las limitaciones de tiempo y de lugar, no tropieza con ellas el hombre que vive de lo contingente y fragmentario, y que no aspira a la unidad.

Hombre de soledad y no de mundo es el que se ha estremecido ante los últimos problemas y ha meditado sobre las causas y el fin. Si el misterio le detiene advertirá que los ojos de la carne no le sirven para ver. Y si el misterio le muere con angustia procurará despojarse de aquello que le ciega y que le impide penetrar. Sólo el espíritu puede dirigirlo a lo absoluto. A él aplicará pues todos sus cuidados y todos sus esfuerzos. Su vida comenzará entonces a reformarse lentamente. El mundo se teñirá vivamente de sentido y se producirá en su interior un crecimiento maravilloso. Esa visión suya, hecha de la sublimación de los instintos para fortificar la vida del espíritu y de la vibración íntima del hombre ante el misterio es la única que podrá tener la auténtica grandeza; no por cierto la grandeza del mundo sino aquella de la Inteligencia. Y ella se advertirá no por los aplausos sino por la indiferencia, el desvío o la franca hostilidad del mundo. Es la constante oposición entre la ciudad terrena y la Ciudad de Dios, entre las tinieblas y la luz.

Esa oposición es más intensa aún entre nosotros. Los hombres de espíritu son ignorados maravillosamente. Se han refugiado pues en una aparente soledad, abrazados al árbol cristiano — cuyo desarrollo no tiene fin. Sus raíces los unen reciamente con el suelo y con la verdadera tradición. De ellos nacerá la obra que, por el resplandor purísimo de la forma, comunique el mundo de las cosas espirituales, para que termine de este modo nuestro exilio. A ellos también les corresponderá ver lo que hay de sobrenatural en nuestra historia.



ANGEL EN CASA DE UN MERCADER, por J. A. Ballester Peña

Mario Pinto

VOCABULARIO DE LEON BLOY

Alma.

Todo cuanto está fuera del alma es ilusión pura. La palabra de San Pablo: *Videmus nunc per speculum in aenigmate*, sería el tragaluz por donde sumergir en el verdadero Abismo, que es el alma humana. La espantosa inmensidad de los abismos del cielo es ilusión, reflejo exterior de nuestros propios abismos, percibidos "en un espejo". Se trata de *volver hacia adentro nuestra mirada* y de practicar una sublime astronomía en el infinito de nuestros corazones, por los que Dios quiso morir.

Ningún hombre puede *ver* más que lo que lo que está en él. Si vemos la Vía láctea es porque ella existe *verdaderamente* en nuestra alma.

Amistad.

Un amigo fiel *medicamentum vitae et immortalitatis*, profiere misteriosamente el Libro Santo, como si la verdadera amistad pesara los millones de mundos que se necesitan para contrabalancear la migaja de pan transubstanciado que recuerdan tales expresiones.

Animales.

No se advierte que las bestias son tan misteriosas como el hombre y se ignora profundamente que su historia es una ESCRITURA en imágenes, donde reside el Secreto divino. Pero ningún genio se ha presentado aún, desde hace seis mil años, para descifrar el alfabeto simbólico de la Creación. El catecismo nos enseñó, de pequeños, que al crear al hombre, Dios le atribuyó imperio sobre las bestias. Luego supimos que Adán, a su vez, dió nombre a cada una de ellas y que, de ese modo, las bestias fueron creadas a la imagen de su razón, como él mismo fuera formado a semejanza de Dios, porque el nombre de un ser es el ser mismo. Nuestro primer antepasado al denominar a las bestias las hizo suyas, de inefable manera. No las sujetó tan sólo como un emperador. Su esencia las penetró; las fijó, las cosió a sí para siempre, afiliándolas a su equilibrio y mezclándolas a su destino. Cuando vemos animales cautivos pensemos que la raza humana es siete veces cautiva. Era necesario que todo cayera en el mismo lugar que caía el hombre.

No ignoro lo que puede ser materia de desprecio en el amor sobrenatural por los animales. Pero, ¿no hay en esto un malentendido? ¿Será que la mayor parte de los hombres han olvidado que siendo también ellos *criaturas* no tienen el derecho de despreciar a la otra parte de la Creación? San Francisco de Asís, a quien los más impíos no pueden dejar de admirar, se llamaba pariente inmediato, no sólo de los animales, sino de las piedras y del agua de las fuentes y el justo Job no fué censurado por haber dicho a la padre: "¡Mi familia eres tú!"

Precisamente porque las bestias son lo que el hombre ha desconocido y oprimido más, debe creerse que Dios hará por ellas un día algo inimaginable, cuando llegue el momento de manifestar su Gloria. Ellas

son detentadoras inconscientes de un Secreto sublime que la humanidad ha perdido bajo las frondas del Edén y al que sus tristes ojos cubiertos de tinieblas no pueden divulgar después de la espantable Prevaricación...

Arte.

El supuesto esfuerzo del arte hacia el cristianismo es el de una curva hacia su asíntota; la vieja nodriza de la Fe, la Razón en persona es quien lo ha demostrado. Puede hallarse desgraciados excepcionales que sean, al mismo tiempo, artistas y cristianos, pero no podría darse un arte cristiano.

El Arte es un parásito aborigen de la piel de la Serpiente original. De esta extracción saca su inmenso orgullo y su potencia sugestiva. Se basta como un Dios a sí mismo y las enojadas coronas de los príncipes, comparadas con su tocado de relámpagos, parecen ridículos capirotos. Es tan refractario a la adoración como a la obediencia y nunca voluntad de hombre le doblega ante altar alguno. Puede consentir en hacer limosna de lo superfluo de su fasto a templos o palacios, si encuentra conveniencia en ello, pero no debe pedirle un ápice más.

Arte medieval.

En la Edad Media grandes escultores desconocidos mencionaban inocentemente toda la ignominia de los réprobos sobre los muros de sus catedrales. La Iglesia no era entonces mojigata y los corazones puros tenían ojos puros. Nadie se manchaba tan fácilmente como hoy, los espíritus castos podían afrontar sin peligro la misma ostentación de las locuras carnales, que una fe profunda hacía aborrecer como manifestaciones del poder del Diablo. Fuera del sacramento, el amor sólo parecía una inmundicia y la representación material de sus desórdenes muy lejos de turbar a los simples que llegaban a adorar al Hijo de la Virgen y al Rey de los Angeles, los fortificaba, por el contrario, en la execración del Viejo Tentador.

Arte religioso.

Una obra del arte llamado religioso que no inspire oración es tan monstruosa como una mujer hermosa que no inflamara a nadie. Si no estuviéramos embrutecidos por la consigna de las admiraciones tradicionales no llegaríamos a concebir, ¿qué digo?, nos espantaríamos de una Madona o un Cristo que no tuviesen el poder de hacernos arrodillar.



SANTA ROSA DE LIMA, XILOGRAFIA DE JUAN ANTONIO

El verdadero Burgués, en sentido moderno y tan general como sea posible, es el hombre que no hace uso alguno de la facultad de pensar y que vive o parece vivir sin haber sido solicitado, siquiera un día, por la necesidad de comprender cosa alguna.

Un rasgo característico del burgués es el temor de cualquier determinación heroica, tanto en los demás como en él mismo.

Bach y Beethoven.

Son, para mí, algo más que hombres. Son los últimos vástagos de la Edad Media. En cuanto artistas fueron humildes y pacíficos y semejaron granos luminosos de polvo en un rayo de sol que iluminara un establo de cerdos.

A causa de la Caída nada está cumplido. Tenemos que esperararlo todo, puesto que estamos en el *Caos*, en el gran caos que separa al Rico del glorioso Pobre. Nos está pues reservado asistir verdaderamente al Génesis, ser testigos de la Creación, desde el *Fiat Lux* hasta el nacimiento de Adán, etc.

Comediantes.

El estado de comediante constituye la mayor de las ignominias. La vocación del teatro es la más baja de las miserias de este mundo abyecto y la sodomía pasiva es, quizá, algo menos infame. El comediante, peor en esto que el pederasta, se abandona a la multitud *sin elección* y su industria no es menos innoble que la de aquél puesto que es su *cuerpo* el instrumento del placer procurado por su arte. Para la mujer el eprobio de la escena es infinitamente menor, porque está, en

cuanto a ella, en armonía con el misterio de la Prostitución que sólo doblega a la miserable en el sentido de su naturaleza sin poder desfigurarla. Ha sido necesario la desnudez metafísica peculiar del siglo XIX y la sorprendente energía de su sinrazón, para rehabilitar un arte al que mil setecientos años de razón cristiana habían condenado. Hoy parece muy sencillo recibir con honra y llenar de condecoraciones a cómicos abominables, a quienes las buenas gentes de antes hubieran rehusado hacer dormir en sus caballerizas, por temor de que comunicasen a los equinos el muermo de su profesión.

Contemplación.

La contemplación es el fin último del alma humana, pero es muy especialmente y por excelencia el fin de la vida solitaria. Este nombre de contemplación, envilecido como tantas otras cosas en este siglo, carece hoy de sentido fuera del claustro. ¿Quién, pues, sino un monje, ha leído o querría leer, hoy, el profundo tratado *De la Contemplación* de Dionisio el Cartujo, llamado el Doctor extático? Este nombre, que guarda estrechísima relación con el de Dios, ha sufrido el extraño destino de caer en boca de panteístas como Víctor Hugo, por ejemplo, que en su lirismo insensato ha hecho de una pulgarada de excrementos el objeto de su adoración.

Dolor.

Toda cosa terrestre está ordenada al Dolor. El es el comienzo y el fin. El es, no sólo el objeto, el conminatorio propósito ulterior, sino la *lógica* misma de las Escrituras misteriosas en que debe ser leída la Voluntad de Dios. La terrible sentencia del Génesis, a la partida del Edén, se aplica en su rigor al parto siempre *doloroso* de las menores peripecias del romance ecuménico de la tierra. Sobre el planeta maldito, condenado a no *germinar* más que espinas, se cumple, en sesenta siglos para la raza caída, la irrisión espantable del Progreso, en el renovar sempiterno de las iterativas prefiguraciones de la Catástrofe que debe explicarlo y consumarlo todo al fin de las cosas.

Estilo.

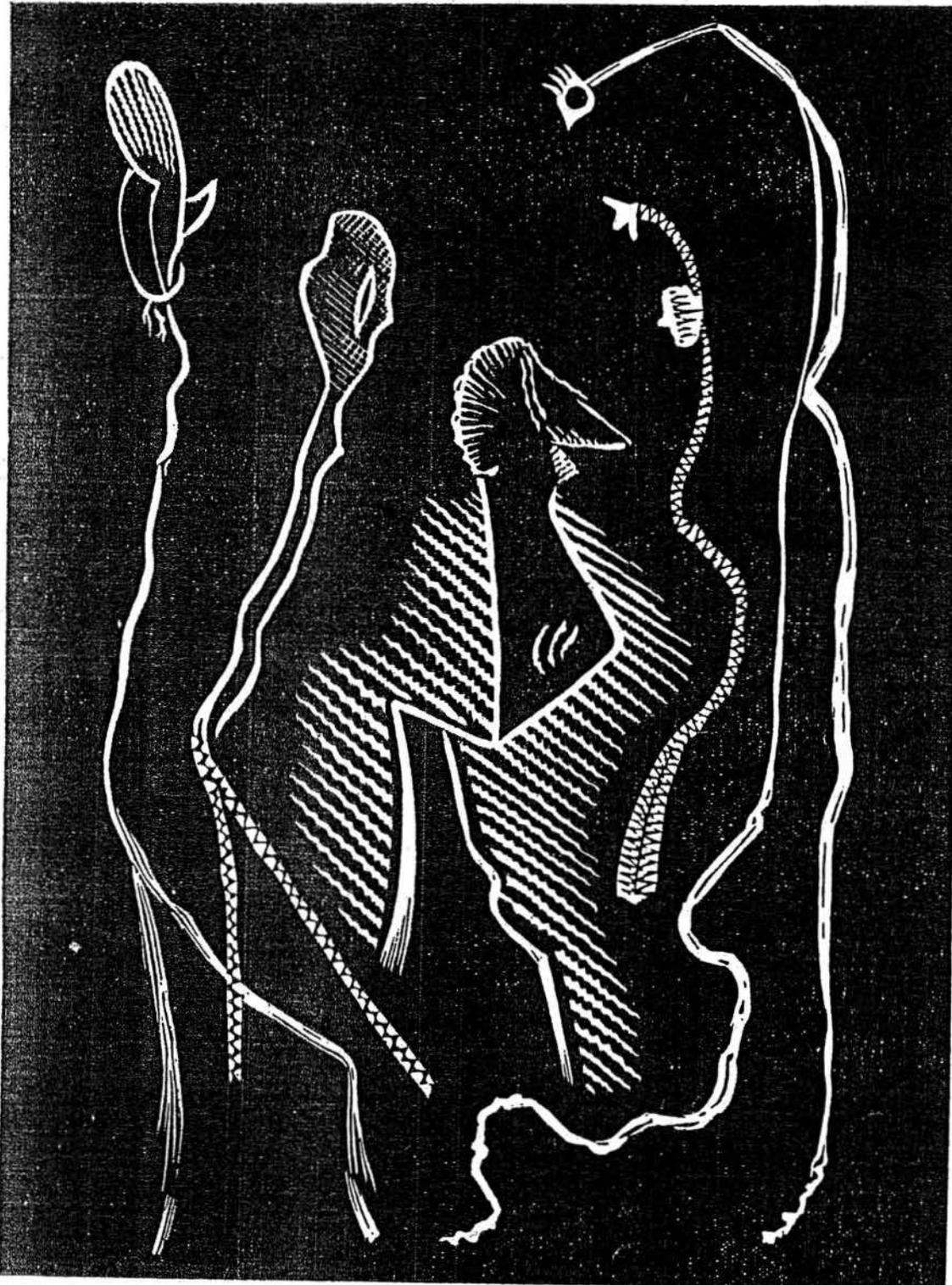
Un pensamiento perfectamente cierto, expresado en excelentes términos, puede satisfacer a la razón sin dar empero la impresión de lo Bello, pero es porque entonces la exposición contiene algo falso. *Es indispensable que la Verdad esté en la Gloria*. El esplendor del estilo no es un lujo, es una necesidad.

Hipérbole.

Es un microscopio para el discernimiento de los insectos y un telescopio para aproximarse a los astros.

Judíos.

La Raza judía que fué otrora el Pueblo de Dios y que sigue siéndolo en sentido místico, siendo, por naturaleza, sacerdotal e inherente a la Santidad, como el accidente a la substancia; la Raza judía, trocada en penitente mundial, asombra a la tierra veinte siglos hace, por su persis-



EL "BEAU PARLEUR" Y 4 VANIDADES, por Victor Delhez

tente y miserable parálisis, esperando la hora en que su Primogénito le ordene levantarse y llevar su "lecho" a su casa.

Microbio.

Me ocurre pensar que el célebre *Microbio*, explicativo de todos los males, que la medicina contemporánea toma tan en cuenta, debe ser y no puede ser otra cosa sino la mentira más sutil del viejo Enemigo. En efecto ¿de qué se trata sino de probar que todas las causas mórbidas son naturales, en lugar de ser ESPIRITUALES, como lo creyeron siempre los hombres en quienes habitó el Dios vivo? Los fisiólogos han visto ese microbio. Lo han visto con sus ojos tamaños. Buenas gentes que se han tomado tanto trabajo para llegar a no comprender que tal es la forma que para ellos adopta el mismo Principio del Mal, el antiguo Demonio que fué Espíritu celeste, y que su microbio es el último disfraz de la Desobediencia.

Muerte.

Dícese que la muerte es separación del alma y el cuerpo. Lugar común que parece claro por lo habitual y que es absolutamente incomprensible. *Non est mortua sed dormit*: "¿Por qué lloráis y estáis inquietos? Esta niña no ha muerto, duerme", dice el Señor y resucita a la hija del jefe de la Sinagoga.

Nos parece que la muerte es el despojo supremo, porque nuestro cuerpo es una cosa visible. Si se supiera, este despojo aparecería probablemente tan poco considerable como el barrido de una débil capa de polvo sobre un mueble precioso. ¿De cuántas envolturas no tendrá que despojarse todavía nuestra alma?

Mundo.

Todo es inexplicable en este mundo sin la intervención del Demonio. Los que se acuerdan habitualmente de este Enemigo pueden entrever, con tanta admiración como temor, lo oculto de las cosas.

Música.

Uno de esos sortilegios por los cuales se esperó, en todos los tiempos, recuperar algún pálido rayo de la Substancia. Cuando la música no está bendecida por la Iglesia es como el agua, muy mala y habitada por los demonios.

Obediencia.

"Si spiritu ducimini — dice San Pablo — non estis sub lege". ¿Qué es, pues, la obediencia? El cumplimiento de la Ley, en el mismo sentido que el "non veni solvere sed ad implere" del Evangelio. El que obedece supera la ley, puesto que la cumple.

Plata.

La plata es para la Gloria de Dios y la Gloria de Dios está en el seno de los pobres. La plata es la figura visible de la Sangre de Cristo circulando por todos sus miembros.



Xilografía de Juan Antonio

Pobreza y miseria.

La Pobreza agrupa a los hombres, la Miseria los aísla, porque la pobreza es de Jesús, la miseria del Espíritu Santo.

La Pobreza es lo relativo, privación de lo supérfluo. La Miseria es lo Absoluto, privación de lo necesario.

La Pobreza es crucificada, la Miseria es la misma Cruz. Jesús llevando la Cruz es la Pobreza llevando la Miseria. Jesús en Cruz es la Pobreza sangrando sobre la Miseria.

Profetas.

Son gentes que recuerdan el porvenir. Situados exactamente en el centro, el porvenir está delante de ellos y detrás, a su

número

REVISTA MENSUAL - ALSINA 884-890

REDACTORES: Emiliano Aguirre, Nímio de Anquín, Dimas Antuña, Juan Antonio, J. A. Ballester Peña, Héctor Basaldúa, Francisco Luis Bernárdez, Rómulo D. Carbia, Frank Kitchener Chevalier Boutell, Víctor Delhez, Osvaldo, Horacio Dondo, Francisco Durá, Miguel, Angel Etcheverrigaray, Jacobo Fijman, José M. Garcarena, Rafael Jijena Sánchez, Eduardo Mallea, Carlos Mendióroz, Emiliano Mac Donagh, Rodolfo Martínez Espinosa, Ernesto Palacio, Alberto Prebisch, César E. Pico, Mario Pinto, Carlos A. Sáenz.

SECRETARIOS: Ignacio B. Anzoátegui y Mario Mendióroz

DIRECCION

Julio Fingerit se ha separado del cuerpo de redactores de esta Revista por dificultades internas en la dirección que desempeñaba.

Suscripción anual: dos pesos
Número suelto: veinte centavos

diestra y a su izquierda. No existiendo el tiempo en sí, ni tampoco el espacio, cuanto pertenece a lo sensible es idéntico en lo Absoluto.

Ricos.

Todo rico que no se considere como INTENDENTE y DOMÉSTICO del Pobre es el más infame de los ladrones y el más cobarde de los fraticidas. Tal es el espíritu del cristianismo y la letra misma del Evangelio. Los ricos están hechos para distribuir su riqueza a los indigentes y el mayor servicio que se puede hacer a sus miserables almas, es determinarlos a cumplir su deber de intendentes del Dios de bondad.

Santa Verónica.

Aparece en el centro de la Pasión para honrar al Sacerdocio, al Pontificado supremo, universalmente execrado y para venerar al Rostro que produce vergüenza y miedo al género humano.

Santidad.

Yo tengo alma de santo, mi propietario que es un espantable burgués, mi panadero, mi carnicero, mi almacenero, que son acaso horribles canallas, todos tienen alma de santos, puesto que todos son llamados, tanto como tú y yo, tanto como San Francisco o San Pablo, a la Vida eterna y comprados por el mismo precio, *magno pretio empti estis*. No hay hombre que no sea santo, virtualmente y el pecado o los pecados, aun los más negros, no son más que el accidente que en nada cambia la substancia.

En tesis general, este maravilloso estado es siempre una manifestación visible y sensible de la Gloria divina. Es un retorno verdadero a la Integridad primordial que precedió a la Caída, pero con la colosal Belleza suplementaria que le sumó el Dolor. En particular, es la diversidad infinita, puesto que cada Bienaventurado debe tener el sello de una Volición especial del Espíritu Santo.

Sucesos.

Como todo lo que sucede es prefigurativo, sobre todo en las cosas humanas, puede y debe decirse que todos somos profetas sin saberlo y que todos nuestros actos, buenos o malos, son profecías.

Vida.

La Vida es Jesús: Ego sum Vita. — Sea en los hombres, en los animales o en las plantas, la vida es siempre la Vida y cuando llega el minuto, el incomprensible punto que se llama la muerte, es siempre Jesús quien se retira, ya sea de un árbol o de un ser humano.

Vino.

"El vino alegra el corazón", está escrito, pero no los vinos, porque, al contrario, el plural generalmente aflige el corazón del hombre. El Vino es un rey que no se comparte. Es la Sangre del Hijo de Dios, la Sangre del Pobre, como el Dinero y de manera más manifiesta.

Traducción de número

Apareció el primer libro editado por la editorial número. Ha sido impreso en los talleres gráficos de la imprenta L'Hoir de París, bajo la dirección artística de Héctor Basaldúa. En venta en las librerías y en esta Editorial.

EL QUE CRECE

por
DIMAS ANTUÑA

PRIMER VOLUMEN EDITADO POR LA
EDITORIAL NUMERO



Libros de inminente aparición

COLECCION SIGNO

Jacobo Fijman: San Julián el pobre (cuentos). - Emiliano Mac Donagh: El Señor Hudson, de Buenos Aires.

COLECCION GLADIO

Atilio Dell'Oro Maini: El apostolado de Fray Luis de Bolaños.

Edición de 300 ejemplares numerados, impresos del 1 al 15 en Holanda especial y del 16 al 300 en River. A la venta: 5 ejemplares en Holanda, firmados, a 50 pesos cada uno y 50 ejemplares en River a 10 pesos.

Librería Católica

NOEL

Representante de las casas editoriales Pierre Tequi y Bonne Presse, de París y Marietti, de Turín

MONTEVIDEO 437 - U. T. 38 MAYO 3854

OBRAS DE ENSEÑANZA DEL INSTITUTO DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

La Argentina
Estudio físico, político, etnográfico y económico
8a. Edición - 1 volumen, cartóné: \$ 4.50

La Tierra
Estudio físico, político, etnográfico y económico
23a. Edición - 1 volumen, cartóné: \$ 4

Manual de Urbanidad
1 volumen, tela: \$ 2.50

Apuntes de Lógica
Por el R. Hno. Octavio. Adaptados al programa
1 volumen, tela: \$ 3

EDICIONES ALFA - BUENOS AIRES

FIGARI

1er libro de la

Colección Nuevos Valores
Plásticos de América

con 2 tricomas y 25 grabados

ESTABLECIMIENTO SANTO TOMAS DE AQUINO
(Fundación Armstrong)

Dirigido por los Hermanos de las Escuelas Cristianas

MIEL SUPERFINA
absolutamente pura

Se vende en el mismo establecimiento o en la Procuraduría del Colegio de La Salle

Río Bamba 650 Buenos Aires

ESTA REVISTA

ha sido impresa en los talleres gráficos de

A. BAIOTTO y Cia.

Rivadavia 5370 Buenos Aires

Galasso

SASTRERIA DE LUJO

Esmeralda 479 U. T. 31, Retiro 3969

BANCO HIPOTECARIO NACIONAL

Leandro N. Alem 232 Buenos Aires

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

LA MEJOR INVERSION DE CAPITALES
UNA RENTA DEL 6% ANUAL

Las cédulas hipotecarias producen una renta del 6% anual y están debidamente garantizadas por las propiedades hipotecadas, por las reservas del Banco (\$ 196.681.971,30) y por la Nación (Art. 6º de la ley orgánica).

ICHTHYS

REVISTA MENSUAL

Editada por el Centro de Estudios Religiosos

Julio 1930 SUMARIO Número 100

Tomás de Lara: Los tiempos de Platón. — Leopoldo Díaz: Vida de las palabras (versos). — Anna Richli: Fiebre episcopal (cuadro de costumbres). — Vida del Centro: Resúmenes de las clases de Monseñor Franceschi y del R. P. Vallazza. — Antología de los primeros escritores cristianos: Epístola de San Ignacio de Antioquia a los romanos, Diálogo de San Justino con el judío Trifón. — Libros.

Dirección y administración: Juncal 1858



INSTITUTO ITALO ARGENTINO DE SEGUROS GENERALES, S. A.

Siniestros pagados hasta el 31-12-1929: \$ 11.221.564.72 m/n.

CAPITAL SUBSCRIPTO 2 MILLONES
S. Martín 238 - U. T. Av. 3001/3

GUIA DE PROFESIONALES

MEDICOS

Dr. Guillermo Basombrió
Ayacucho 1031
U. T. 44 Juncal 4342

Dr. Alcibíades López
Santa Fe 2518
U. T. 44 Juncal 2775

Dr. César E. Pico
Alsina 1786
U. T. 38 Mayo 3586

Dr. Andrés Tessi Seitún
Dr. Mario Tessi Seitún
Av. Alvear 2670
U. T. 52 Belgrano 6661

Dr. Adolfo A. Spiller
Cangallo 2017
U. T. 47 Cuyo 4926

Dr. Antonio Battro
Viamonte 1582
U. T. 38 Mayo 2780

Dr. Octavio Pico Estrada
Rodríguez Peña 765
U. T. 44 Juncal 3912

Dr. Humberto L. Dondo
Orán 4337
U. T. 50 Devoto 1281

Dr. E. R. Gaviña Alvarado
Piel y sangre
Lavalle 1790
U. T. 38 Mayo 2198

Dr. Guido Loretti
Soler 3909
U. T. 71 Palermo 6744

FARMACÉUTICOS

Dr. Pedro C. Etcheberri
Bioquímica y farmacia
Rivadavia 6851
U. T. 66 Flores 0149

DENTISTAS

Dr. Atilio E. Viale
Cabillo 910
U. T. 52 Belgrano 0090

Clinica Dental Mattia
Diurna y nocturna
Rivadavia 2706
U. T. 47 Cuyo 3214

ABOGADOS

Dr. Francisco Durá
Talcahuano 481
U. T. 35 Libertad 2832

Dr. José M. Garcíarena
Avda. Roque Sáenz Peña 501
U. T. 33 Avenida 5440

Dr. Atilio Dell' Oro Maini
Maipú 262
U. T. 38 Mayo 0065

Dr. Eudoro Gallo Argerich
Juncal 2082
U. T. 44 Juncal 2148

Dr. Jerónimo Cortés Funes
Cangallo 564
U. T. 33 Avenida 6508

Dr. Ernesto Palacio
Córdoba 2509
U. T. 44 Juncal 4915

Dr. Alfredo J. Molinaro
Avda. Roque Sáenz Peña 628
U. T. 38 Mayo 2087

Carlos A. Zabala
Bustamante 2928
U. T. 71 Palermo 8654

Julio Fernández Mouján
Marcelo Fernández Mouján
Cangallo 1112
U. T. 38 Mayo 0742

Dr. Mario Marini
Roque Sáenz Peña 530
U. T. 33 Avenida 4454

Estudio Jurídico de los Dres.

Ernesto Padilla y Ernesto Padilla (hijo)
Viamonte 1287 U. T. 41 Plaza 0672

Dr. José Perea Muñoz
Avenida de Mayo 1411 U. T. 38 Mayo 4672

Dr. Emilio R. del Valle
Roque Sáenz Peña 530
U. T. 33 Avenida 0588

Dr. Frank K. Ch. Boutell
Av. de Mayo 651
U. T. 33 Avenida 7150

ARQUITECTOS

Alberto Prebisch
Av. de Mayo 953
U. T. 38 Mayo 4262

INGENIEROS

José Muriel
Ingeniero civil
Viamonte 1816
U. T. 44 Juncal 5546

José Muro de Nadal
Ingeniero industrial
Gallo 1611
U. T. 44 Juncal 5572

C. Groppa y J. Pagés
Ingenieros Civiles
Empresa Constructora
Bdo. de Irigoyen 1441
U. T. 23, Buen Orden 6213